

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 361

Barcelona, 28 de Enero de 1938

Av. 14 de Abril, 556

ADVIERTE
que ni por un
instante admi-

so sin serio.

te creo
fingir.

Eres... gente de
sobra.

Carta a un español ausente

Si yo dudara de tu rectitud de espíritu, de tu íntima sinceridad, no te escribiría esta carta. Vería en ti a uno de tantos; a uno de los que ahora no están aquí, en España, con nosotros, por una razón inconfesable, o, por lo menos, inconfesada. Veamos cuál podría ser.

Una de ellas, la más humana y leve de todas: el miedo. Nadie es capaz de reconocer que tiene miedo, como no sea en el instante del peligro no evitado. Cuando la causa está lejos, el Cid suele quedarse chico ante la propia presunción. El miedo es de condición tan ruin, que ni aun se atreve a darse su propio nombre, y busca siempre disculpa con que disfracarse. Pero se le ve tan ligado a la constitución humana, en el medroso, que a nadie se le oculta su tremendo poderío. Yo creo que en ti no domina tal sentimiento, y no sé si lamentarlo o alegrarme.

Otra razón de ausencia, en la hora presente, puede ser ésta, de que aun te supongo menos capaz: la indiferencia ante el momento español y frente al futuro de España. Tú no has sido, tú no puedes ser nunca indiferente. Has dado, en muchas ocasiones, prendas que bastarían para comprometer tu conciencia honrada, si no has perdido a la vez la sensibilidad y la memoria. Se te ha visto formar en las filas de los que, en el viejo conformismo, manifestaban una inquietud, acaso no bien definida, que luego, concretándose, vino a verse transformada en vibrante protesta. ¿Cuántas veces no refrendó tu firma un sentir creciente? Y ¿acaso no acertaste tú mismo, en alguna ocasión, a expresarla con las palabras definitivas? Aunque no fueses tú, ¿no te adheriste con entusiasmo—esto no me lo podrás negar nunca, yo lo recuerdo bien—a la expresión de lo que todos anhelábamos? Tú eras uno de nosotros; y nosotros éramos, en aquel instante, la conciencia de España.

¡Pues había que oírte luego, cuando España tomó su rumbo según nuestras aspiraciones comunes, manifestar tu convicción, quizá extremándola, hasta afeitar en los otros una actitud que, por poco expresiva, motejabas de indiferente o quizá de adversa! Creo que fuiste sincero, entonces, con los demás, y por ello me animo a suponer que hoy no lo eres del todo para contigo mismo. Y esto quiero pedirte, apelando a tu conciencia: quiero pedirte sinceridad.

Advierte que, ni por un instante, admito que seas faccioso, y menos todavía faccioso sin saberlo, faccioso a pesar tuyo. No te creo educado para fingir. Eres inteligente de sobra. Y con este «de sobra» creo que se puede explicar mucho. Eres adicto a la República. No tienes miedo: ya lo hemos visto. Tampoco se te ha encomendado misión ninguna fuera de España. Entonces, ¿por qué no estás aquí?

Tu sobra de inteligencia te conduce a anali-

zarlo todo. Temes, acaso, que puesto a defender con nosotros lo que se ve atacado con saña increíble, no defendieras lo que íntimamente te toca al corazón. Pero, ¿ha de ser tan grande tu orgullo que no te consienta ver en la España nueva, como digno de ti, más que aquello en que tú la hubieras convertido, sin admitir discusión ni enmienda? ¿No te dirá tu corazón que en el impulso del más humilde, del más equivocado, del más culpable, al tomar un arma para repeler la agresión inaudita, late un convencimiento más fuerte que el apuntado por todos los argumentos de tu filosofía? ¿Temes manchar tu pureza, siendo partícipe de las angustias y de los fervores comunes?

La sobra de inteligencia que reconozco, señalo y hasta denuncio en ti, te torna exigente; y está bien que lo seas. No hay noticia que te parezca satisfactoria ni operación que te resulte cabal, ni esperanza que estimes viable. Ves en los nuestros el compendio y la muestra de toda inferioridad; y, estoy seguro, quisieras corregirla, anularla, convertirla en algo supremo, incontrastable. Y, contrariamente, del otro lado, te parece que está todo el poderío, toda la organización, todo el acierto, en contra de la justicia, ciertamente, a pesar de toda nuestra razón, porque ya te lo dije antes: yo estoy convencido de que no eres ni puedes ser faccioso, y menos faccioso vergonzante o vergonzoso oportunista.

Pues bien: todas esas aspiraciones tuyas a una pureza de medios análoga a la grandeza de los propósitos; toda esa estimación del contrario como enemigo, pues no lo hay pequeño; toda esa agudeza crítica encarada hacia nosotros, que no es sino anhelo de perfección y angustia por el retraso de la victoria definitiva, yo te las quiero aceptar, y aun me comprometo a compartirlas contigo; pero, ¿por qué no estás aquí? Toda la autoridad que pierdes con la ausencia, la presencia aquí te la daría centuplicada. Nosotros ganaríamos también con tenerte a nuestro lado; pero, adviértelo, en esta conmoción, en este recuento de fuerzas, un hombre no es nada, y tú, por grande que sea tu entendimiento, no eres más que un hombre.

Y tampoco eres menos. No te conformes, pues, con ser cantidad negativa. Ni salgas del paso diciéndome (yo te perdono lo que pudiera haber en tus palabras de intención satírica) que tú no tienes talla ni vocación de héroe. No se trata del heroísmo, que surge momentáneamente, y no por previa determinación, lo mismo en la guerra que en la paz. Se trata de cumplir un deber. Y tu deber, como el de todos, si quieres que tu misma crítica sea eficaz, tu deber, ahora, está aquí.

ENRIQUE DIEZ-CANEDO

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

La persecución y la vejación del Magisterio en la España facciosa

El fascismo, negación de cultura y de progreso, enemigo irreconciliable de la libertad, había de tener en la España de Franco valedores que exaltarán las monstruosidades más absurdas, que emplearán las más cruentas vejaciones con quienes, por medio de la inteligencia, intentaron desprenderse de toda influencia re-

tardataria. Así los maestros de las escuelas municipales de la zona facciosa están bajo la inspección rigurosa de una titulada Comisión de Cultura de la Junta Técnica de Burgos. La mencionada Comisión ha establecido una vigilancia vejatoria en cada uno de los maestros de la España franquista. Al cabo de más de año

y medio de oprobioso régimen de terror, y durante este tiempo, la depuración de maestros sospechosos de simpatizar con la República, ha sido realizada con rigor excesivo. La titulada Comisión dispuso que se instruyera a cada maestro nacional un expediente personal, en el cual había de figurar forzosamente un informe

Notas del Ministerio de Defensa Nacional Las agresiones de la aviación facciosa sobre Barcelona y Valencia

Barcelona fué agredida hoy dos veces por la aviación facciosa, que, en ambas ocasiones, lo hizo desde cinco mil metros de altura. La primera agresión la realizaron, minutos antes de las ocho de la mañana, seis trimotores italianos «Savoia». Una de las bombas por ellos lanzadas cayó dentro de la Cárcel Modelo, en la galería sexta, precisamente ocupada por presos fascistas, originando la muerte de tres de éstos y ocasionando heridas a otros.

El segundo ataque aéreo ocurrió poco después de la una y media de la tarde. Estuvo a cargo de cinco aviones del mismo tipo.

Las cifras totales de víctimas de estos bombardeos son las siguientes: En Barcelona, 41 muertos y 77 heridos; en Badalona, 4 muertos y 14 heridos.

En Reus hubo, a consecuencia de los dos bombardeos del lunes, 38 muertos y 55 heridos.

A las 2,40 de la tarde, se presentaron sobre Valencia seis aviones enemigos, los cuales hicieron su entrada por el mar. Primeramente, bombardearon el Grao, y, en seguida, los puntos más céntricos de la capital.

Las víctimas son 125 muertos y 208 heridos, temiéndose que fallezcan algunos de éstos, cuyas lesiones son gravísimas.

Entre los muertos figura Mr. Arnold Crone, capitán del barco «Dower Abbey», buque británico que, en el puerto, cargaba naranjas. Las autoridades de Valencia han visitado al Cónsul de Inglaterra para darle el pésame en nombre del Gobierno.

(«La Vanguardia», 27-1-1938.)

de un padre de familia avecindado en el barrio donde esté situada la escuela.

Por lo visto—y una queja bien explícita nos la proporciona el diario «La Información», de Cádiz, del día 7 de noviembre de 1937—, los expedientes no han sido hechos con la celeridad pedida, pues han protestado buen número de vecinos designados para informar sobre los maestros, de que no los conocían suficientemente. Esto dió lugar a que se reformaran las instrucciones para la redacción de aquel expediente obligatorio; en virtud de lo cual, se solicitó entonces el informe, desde luego reservado y secreto, con garantía para el anonimato del informante, de vecinos domiciliados en los barrios donde el maestro residía. Pero tampoco esto ha dado resultado alguno, y la Comisión gaditana delegada de la de Burgos, anunciaba, por medio de su presidente, Agustín Lahuerta Ballester, que iba a devolver los expedientes de los maestros a la capital de la España facciosa, y que en aquellos que no exista el reclamado «informe confidencial», haría figurar los nombres de los padres de familia a quienes se les pidió y no lo remitieron con cualquier excusa o ni siquiera contestaron.

La cultura española no podía pasar por un trance en el que las vejaciones llegaran a denigrar tan hondamente a los que ejercen las funciones pedagógicas. No habrá posibilidad de afirmar, una vez que estas monstruosidades se divulguen, que es la España de Franco la llamada a defender la cultura española, ni

a mantener el respeto para quienes son sus voceros populares. Cuando a tan bajas pasiones descienden los que, en la zona del oprobio y del deshonor nacional, entienden que así se realiza una función más en pro de la cultura del pueblo, huela que el comentario más severo enjuicie tal régimen de persecuciones.

Pero es significativo, y el síntoma es por demás aleccionador, ver cómo los propios periódicos de Franco advierten la pasividad con que los ciudadanos de la zona facciosa acogen las vejatorias disposiciones. En el citado número de «La Información», de Cádiz, la Comisión revisora de la provincia gaditana del Magisterio publica una amplia nota lamentándose de la falta de asistencia ciudadana con que tropieza para su labor.

Melilla, italianizada y germanizada Detención de trabajadores y de carabineros

TANGER, 25.—La Agencia Española dice que, según las declaraciones de un comerciante francés conocido por sus ideas derechistas, y que ha llegado de Melilla, esta ciudad está llena de pilotos italianos y de artilleros alemanes, encargados de las baterías de la costa y de la artillería antiaérea. Barcos alemanes e italianos llegan al puerto con cargamentos importantes de material de guerra. La policía facciosa ha procedido, el 12 de enero, a la detención de 250 trabajadores del puerto y de carabineros del servicio de vigilancia, acusados de actos de sabotaje contra los barcos extranjeros.

Estampas de la tragedia

El general Batet en Burgos

17 de julio de 1936.

En la Capitanía General de Burgos, al anochecer, reunidos en el despacho del teniente coronel Aizpuru, cuatro jefes del Ejército deliberan. Dávila comunica a los compañeros las instrucciones recibidas de Mola. Indecisión. Nerviosismo.

En el piso superior, el general Batet, llegado aquel mismo día a su nuevo destino, trabaja en su despacho; redacta un informe previo, anticipado, sobre la situación de la plaza, que no conoce, que quiere pulsar sercamente.

Batet no ha tomado todavía solemnemente posesión de su cargo. Se han presentado a él aquella misma tarde varios jefes, el coronel de la Guardia civil, y el personal de Estado Mayor. Ante los rostros desconfiados, miradas recelosas, ha expresado su propósito: él no viene de «hombre fiero» ni quiere causar daño a nadie; viene a colaborar lealmente con la República, y sostener el prestigio del Ejército, al que se achacan disgustos, actitudes extrañas...

Todos desarrugan sus entrecejos y estrechan la mano leal que se les ofrece; confirmados en sus puestos de confianza, ofrecen todos hacerse dignos de ella, ayudarle en su labor.

Batet, confiado, cordial, les ha mostrado sus habitaciones: «demasiado amplias para él solo», comenta con humorismo sano. Después, las despedidas afectuosas, y Batet, solo, en el despacho, aun no condicionado, del inmenso caserón, va poniendo en orden sus asuntos, ambientando su nuevo hogar.

«Gran familia el Ejército» — piensa —; «me habían dicho, prevenido. ¡Bah!, no es tan grave la cosa como se cree. Estos compañeros se me han ofrecido todos atenta, cariñosamente...»

Sus dos grandes amores — Cataluña y el Ejército — aparecen ante sus ojos en visión rápida y optimista. Y más íntimamente, en el orden sentimental, otro amor grande, inmenso, que ha llenado su vida apasionada e intensa... Tenaz, enérgico, fuerte ante el trabajo, va colocando sobre su mesa papeles, cartas, expedientes, informes, y también un retrato, un pequeño retrato que no le abandona nunca, ni en momentos de zozobra o de peligro.

El comandante Gavilán — pequeño, nervioso — muestra su intransigencia. Los demás se oponen tímidamente a la actitud violenta; pesan en sus ánimos todavía las palabras leales y confiadas del general prestigioso.

Gavilán insiste tercamente; la hora pasa y es preciso una determinación.

«Vosotros queréis un golpe militar con guante blanco, en plan de cotillón, y eso no puede ser. Además, Batet no es tonto, y en cuanto se imagine algo, nos meterá mano. Acordaos de Barcelona en el 34.»

El temor inclinó las voluntades vacilantes. Todavía Aizpuru, el untuoso jefe de Estado Mayor, se ofrece para una gestión previa. El hablará al general, le expondrá la situación y, seguramente, se unirá a ellos. Al fin y al cabo, Batet era republicano, pero también militar, y le convendría el triunfo del Ejército.

Ante la puerta del despacho, severo, Aizpuru vacila:

«Pase, Aizpuru, pase—oye decir al general.

—Mi general — titubea el enviado —, hay algo de importancia y he querido prevenir a V. E.

Ante el asombro de Batet, el plan minucioso, el golpe militar, se revela en su sinuosidad dramática. Anonadado, cree hallarse ante una pesadilla; no comprende, no puede comprender aquello.

—Pero, Aizpuru, ¿si eso no es posible! Esa militarada, sin fundamento alguno, iría fatalmente al fracaso. La República está afianzada y confirmada por el pueblo, hace escasos días, en unas elecciones decisivas, terriblemente apasionadas, pero elocuentes; levantarse ahora, contra esto, sería monstruoso.

—El Ejército está descontento, mi general.

—Está usted impresionado, Aizpuru. ¡Vaya! — añadió, correcto —. Retírese, yo no he oído nada; piense sobre ello y verá la razón que me asiste.

—Mi general, es que está todo en marcha — insistió, descompuesto, aquél —. Puede estallar de un momento a otro...

—Pues, si estalla, lo dominaremos — fulguró, enérgico ya, el general.

Aizpuru se cuadró militarmente y se retiró confuso; al dar cuenta a sus compañeros de lo sucedido, el comandante Gavilán dijo:

—Lo veis. No queréis hacerme caso. Hay que cogerle y detenerle, o estamos perdidos. Puede avisar a Madrid y destróznoslo todo.

Mientras Dávila y los jefes de cuerpo preparaban los bandos de estado de guerra y ordenaban la salida de las tropas a la calle, los otros jefes, con dos oficiales que se les unieron y el comandante Pastrana, subieron al despacho de Batet, penetrando en él violentamente.

Batet palideció; pero, con gran energía, se enfrentó con ellos. Alguien habló:

—Mi general. El Ejército se ha levantado y se va a instaurar un Gobierno de fuerza. El Comité que aquí asume el mando, desea saber si podemos o no contar con su lealtad.

—Señor jefe — contestó —, queda usted arrestado, y preséntese al oficial de guardia.

—El oficial de guardia está aquí, como todos los de la guarnición. Por última vez, queremos saber si está usted con o contra nosotros.

—Basta de tonterías — dijo un comandante de caballería —. Está bien. Ya se ve que está en contra nuestra. Detenédle y trasladadle al penal, donde ya estará el encargado de la prisión designado. Ustedes se encargan de él.

Intentó Batet levantarse, pero los dos oficiales sacaron las pistolas. Encañonado por ellos, sereno y digno, Batet era conducido al penal de Burgos, a las diez de aquella noche histórica.

«Se condena al procesado Domingo Batet Mestres, como autor de un delito de rebelión militar, a la pena de muerte, con todas las accesorias correspondientes, debiendo darse cumplimiento, etcétera.»

Batet escuchó, imperturbable, la lectura del fallo. Cuando el juez militar encargado de ello — un cubano nacionalizado recientemente en España — le preguntó, correctamente, si deseaba algo, el

«rebelde» solicitó únicamente le dieran tiempo de dictar algunos deseos o disposiciones a guisa de testamento.

Aquella noche, siguiendo la costumbre establecida en el penal burgalés, la celda de Batet permaneció toda la noche iluminada. Esta señal permitía distinguir a los reclusos a quienes esperaba con el día la última esperanza. Aquella noche Batet, sobre una mesa tosca, escribió largamente.

Desde el camino que da acceso al penal, se veía en lo alto del edificio rectangular, aquellos cuadros luminosos, las ventanitas indicadoras como una triste visión de pesadilla.

Al amanecer, serenado y tranquilo, preparó sus papeles y encargos; pero transcurrió el día entero y nadie turbó su nerviosa espera. En el siguiente día fué sacado del penal, y en automóvil oficial, conducido a Pamplona. Batet, conocedor de las terribles «sacas» efectuadas, debió ver en aquella conducción el final de su existencia; pero no fué así, pues a las seis horas arribaban al famoso fuerte de San Cristóbal, pavorosa prisión de Pamplona, donde quedó entregado, bajo recibo — sarcasmo horrible — el ilustrado preso.

Veintisiete días pasó Batet en aquel fuerte, siendo de nuevo conducido a Burgos. Cuando llegó al penal de esta ciudad, su energía y entereza flaqueaban.

Por fin (!), viendo que su ánimo acusaba el dolor, pero no se doblegaba en rendimiento abatido, fué dispuesta su ejecución.

A las seis de la mañana del 22 de enero de 1937, destrozado física, pero no moralmente, se presentó ante el pelotón de ejecución. Se efectuó su fusilamiento en presencia de un cuadro de tropa, representante de la guarnición, y algunos curiosos. Pocos, muy pocos de éstos, sabían que aquel hombre enlutado y de blancos cabellos, que moría sin un gesto de debilidad, era el noble general Batet.

En las páginas áridas, y algún día históricas, del archivo del Juzgado de Burgos, hay un folio que dice textualmente:

Apellidos: Batet Sastre.
Nombre: Domingo.
Fecha de nacimiento: 30-8-72.
Fecha de defunción: 22-1-37.
Causas de la muerte: Heridas armas de fuego.

Ni siquiera, con la muerte, mereció Batet el respeto de los facciosos. El gobernador civil y la Comisión de Incautación de Bienes iniciaron expediente para el embargo de los bienes del fallecido «rebelde». Batet no llevaba más que unas horas en Burgos cuando fué detenido, y no poseía más que sus ropas y objetos de uso personal. Todo ello, sus recuerdos íntimos, sus cartas y hasta aquel retrato que siempre le acompañaba, fueron incautados y retenidos.

Algunos días después, un periódico titulado «El Castellano», portavoz auténtico del espíritu de aquel Burgos, decía en sus columnas, refiriéndose a la revolución de octubre de 1934:

«En aquella fecha ejercía la autoridad militar superior en Cataluña el conocido general Batet, que por cierto, y según parece, ha muerto por aquí cerca hace unos días...»

RUIZ VILAPLANA
(«La Vanguardia», 26-1-38.)

A salvo del naufragio

Noble conducta de tres sacerdotes vascos

El ministro de la República señor Irujo ha recibido, de Bayona, un telegrama concebido en los siguientes términos:

«En recuerdo sacerdotes vascos fusilados por rebeldes, interpretando sentir todos sacerdotes encarcelados, prisioneros, desterrados, perseguidos por facciosos, felicitamos Gobierno República noble conducta observada con obispo Teruel, esperando prestigio República seguirá amparando jerarca Iglesia a que pertenecemos.»

Este telegrama lo firman Nemesio de Aristimuño, Alberto de Onandía y Félix de Markiegi.

El telegrama es sencillo, pero de una significación trascendental. Sus signatarios, interpretando el sentimiento de los sacerdotes vascos fusilados, encarcelados, prisioneros, desterrados y perseguidos por los facciosos, es decir: representando a todos aquellos que sufrieron persecución, a los que padecieron las iras del látigo fascista, a los que fueron flagelados con el máximo rigor por la crueldad de los rebeldes, elevan su voz hasta el Gobierno de la República, para felicitarle, porque el Gobierno de la República supo ser humano, supo ser justo, supo ser Gobierno legítimo con el obispo de Teruel, cuando el obispo de Teruel cayó prisionero del Gobierno de la República.

Son vascos, sacerdotes vascos, ejemplares ministros de la Iglesia Católica, hijos de Euzkadi, los que elogian la conducta del Gobierno de la República; son sacerdotes católicos, sacerdotes vascos, los que con un elevado espíritu estimulan al Gobierno de la República, para mantener el prestigio de la República, a que su Gobierno siga amparando con justicia al obispo de Teruel.

Cuando todo es sectarismo, cuando todo se mueve a influjos de las pasiones humanas, cuando parece que nada se regula por la ecuanimidad y el desinterés, unos sacerdotes vascos, con un sentido de responsabilidad, con una visión serena de los sucesos, en nombre e interpretando el sentir de los sacerdotes vascos fusilados, perseguidos, encarcelados, desterrados y prisioneros de los facciosos, felicitan al Gobierno de la República por su conducta noble y le acucian, en interés del prestigio de la propia República, a que continúe actuando con ese mismo módulo de proceder.

Es admirable esta actitud, analizada en su aspecto general. Pero hay más. En esta conducta de los sacerdotes vascos, hay mayor virtud.

Porque no elevan su voz por ellos, que viven y están fuera del alcance de la garra fascista. No aplauden y felicitan por sí mismos, sino en nombre de los fusilados, de los perseguidos y encarcelados, en nombre de tantos y tantos sacerdotes vascos que supieron y saben de la tiranía y de la crueldad fascistas.

Así analizada, su conducta es más meritoria. Pero es que aun vale más. No hablan ellos solamente en nombre de los que tanto rigor padecieron; no es que felicitan y animan a proceder como hasta ahora, abogándose un sentimiento de los que fueron víctimas del fascismo; no hay sólo esta circunstancia, ni la otra de ser unos sacerdotes católicos que manifiestan su pláceme a un Gobierno al que se acusa de enemigo de su Iglesia. Es que estos sacerdotes vascos, sacerdotes ejemplares por su virtud y distinguidos y prestigiosos por su saber, han sentido muy íntimamente, muy de cerca, en su propia sangre, los efectos de la persecución fascista. Los tres signatarios, Nemesio de Aristimuño, Alberto de Onandía y Félix de Markiegi, sufrieron el dolor que supone el que hermanos suyos, sacerdotes como ellos, fueran fusilados por los facciosos.

Nemesio de Aristimuño y Alberto de Onandía han perdido a sendos hermanos, víctimas del plomo del fusil fascista. Y Félix de Markiegi, a dos.

Como ellos, que firman ahora el telegrama de felicitación, sus hermanos fusilados por los fascistas eran sacerdotes católicos.

El hecho es doblemente significativo.

Y el hecho es un honor para la Iglesia y para Euzkadi. Para la Iglesia, por su calidad de sacerdotes. Para Euzkadi, como hijos enamorados de su Patria. Aristimuño, Ornaidia y Markiegi, los fusilados, fueron ministros ejemplares de la Iglesia. Rectilíneos como pastores, hicieron una paralela con su conducta como patriotas. Celosos en todo. Honrados y leales en todo. Generosos y nobles en todo.

Como ellos son estos hermanos suyos, sacerdotes también, que marcan, con sus conductas de ministros de la Iglesia y patriotas, otra paralela digna de emulación.

Entre tanta ceguera como hemos apreciado, entre tanta aberración como se advierte, en nuestro pueblo vasco se ha dado la nota brillante de ejemplaridad. Pueblo y ministros vascos de la Iglesia han sentido la misma conmoción al unísono y con las mismas sensaciones y deseos. Pueblo y clero vascos han caminado a la par. Pueblo y clero vascos han marcado una paralela.

En Euzkadi se salvaron del naufragio el espíritu de libertad, de democracia y de religión. Feliz y maravillosamente se salvaron. Para bien de Euzkadi, de la República y de la propia Iglesia.

Prueba de ello, la etapa histórica que se ha plasmado en esta guerra. Y también prueba de ello, este sencillo y elocuente telegrama que estos sacerdotes vascos, que perdieron a cuatro hermanos suyos, sacerdotes también tres de ellos, han enviado al ministro señor Irujo.

(«Euzkadi», Barcelona, 21-1-38.)

Las informaciones que publica este DIARIO, responden siempre a la veracidad más estricta

Los facciosos españoles desean que suceda en Francia "una cosa análoga a la que ha ocurrido en España"

A. B. C. de Sevilla, del 18 de enero actual, comenta las incidencias de la pasada crisis francesa. Después de dirigir su visión apasionada hacia el panorama político de la nación vecina, el A. B. C. se siente entristecido ante las posibles soluciones que pueda tener la crisis en trámite. «Confesemos—dice—que todo esto, y aparte de la repercusión natural en nuestros propios asuntos, nos entristece.»

Para alegrar a tan alicaídos facciosos, no cabe más que una solución. ¿Cuál? Que Francia imite su ejemplo. Todo lo que no suponga eso, todo lo que no sea sumarse descaradamente a la aventura de Franco, poniéndose al ínfimo nivel de Italia y Alemania, disgustará a los descontentadizos facciosos españoles.

«Nos entristece—prosigue el A. B. C.—y además declaramos que cualquier solución, mediando

el Frente Popular, no puede ser más que transitoria. La atmósfera está muy cargada de electricidad y todo hace prever que la tempestad se desencadenará pronto.»

Escuchen los hombres que constituyen el actual Gobierno de Francia, cuáles son los pronósticos, expuestos ahora cínicamente, que los rebeldes desean ver cumplidos en corto plazo: «Es de desear que la explosión se produzca de una vez, para que la atmósfera se despeje y para que el pueblo francés pueda reanudar su vida. Después de todo, una cosa análoga es la que ha ocurrido en España.» Sólo así, los facciosos recuperarían su alegría perdida. La noticia de un complot contra la seguridad de Francia, sería un buen consuelo y un pretexto inmejorable para desarraugar el ceño fruncido ante la imprevista tempestad desencadenada en Teruel.

Francisco Franco, mercader de España

Si los españoles honrados, que por error luchan al lado de los traidores, pudieran leer «Il Popolo d'Italia» del 21 de enero, se revolverían en masa contra sus mandos

Mussolini reconoce que Santander fué tomado exclusivamente por fuerzas italianas, y que sólo de modo secundario participaron en la acción algunas tropas indígenas

Hay una pregunta que el soldado español no necesita hacerse, a pesar de que conoce la propaganda confusionista de Franco. Esa pregunta es: «¿Contra quién combatimos?» En cambio, hay otra que ha de inducir a reflexión a los que por la fuerza o por el engaño forman en las filas del feudalismo: «¿A quién defendemos?»

El soldado de la República sabe que encarna la tradición de la Independencia española, la furia indomita de la raza que jamás pudo ser esclavizada. Sabe que es carne y alma de España, de la España que mancillan, con sólo nombrarla, los esbirros internacionales de Franco, de la España que hunden los que hacen sarcasmo de su nombre.

El soldado «nacionalista» ignora que se halla en las filas del tradicionalismo, que convirtió al país más poderoso del mundo en una pobre nación olvidada y menospreciada por las nuevas potencias; no tiene conciencia de que gritando «España una y grande» consuma definitivamente la disgregación de España, que quedó hecha jirones en manos extrañas. Y la consuma, vendiendo al mejor postor la tierra matriz del mundo de habla española. Ya no le queda al viejo ejército, desacreditado e incapaz, y a la clerecía, ignorante y ambiciosa, ninguna colonia que vender, y enajenan el suelo en que para su vergüenza nacieron, posiblemente de modo fortuito.

Los soldados «nacionalistas», que no pueden leer la verdad en ninguno de nuestros periódicos, podrán leerla en el periódico de suscripción obligatoria para todo siervo de Mussolini, «Il Popolo d'Italia», en un artículo que probablemente escribió el propio «duce».

El artículo contiene elogios desmedidos, y calla circunstancias trascendentes. Tan trascendentes que, de enumerarse, derrumbarían el edificio de los ditirambos. Esas circunstancias no son otras que las que fueron fatales para los defensores del Norte: el aislamiento de los centros vitales de la República, la falta de material de guerra, la carencia de una organización eficiente. Merced a esas circunstancias pudo el bárbaro invasor escribir lo siguiente:

«En el número del 5 de enero, la «Revue de Paris» publica un bellísimo artículo exhaustivo sobre la batalla de Santander, que nos compla-

cemos en señalar a nuestros lectores, militares y civiles. Puede resumirse en los siguientes datos esenciales de hechos:

1) El proyecto de ataque contra Santander fué estudiado por el Estado Mayor de las tropas legionarias italianas.

2) Las tropas legionarias tuvieron una parte «capital» en ese ataque. Dichas tropas estaban encuadradas en las divisiones «23 de marzo», «Llamas Negras», «Littorio» y, además, en un destacamento especial llamado «9 de mayo», de tropas móviles.

3) En la batalla también participaron cuatro brigadas españolas.

4) Terreno de la batalla, difícilísimo, y resistencia tenaz de las tropas gubernamentales.

5) «Las destrucciones, aunque completas, retrasaron poco a los vencedores. Verdaderamente, las tropas italianas de ingenieros hicieron maravillas. Todos los puentes estaban destruidos; todos los caminos llenos de rocas, a consecuencia de las explosiones; pero en seguida se transformaban en un astillero en el que se trabajaba día y noche. Siempre se imaginaba y realizaba una solución inmediata.» Los ingenieros italianos pueden estar orgullosos de este reconocimiento francés.

6) La marcha sobre Santander empezó el 18 de agosto; el 25 las tropas entraban en la ciudad. El general Duval escribe: «La maniobra de Santander no ha tenido suspensión ni tregua. No es exagerar decir que su ritmo ha sido fulminante: recuerda los mejores modelos de la historia militar. El éxito ha sido merecido: ha sido la justa recompensa al valor de las tropas y del Mando.»

7) El general Duval exalta la batalla de Santander como la demostración de la posibilidad de la maniobra. «La legión italiana—dice—nos ofrece desde este punto de vista un magnífico ejemplo. La legión italiana logró en once días resultados decisivos, gracias al movimiento continuo, a la maniobra sobre las cimas y los flancos de un enemigo siempre sobrepujado.»

«¿Contiene una enseñanza?», se pregunta el general Duval, y responde: «Sí; el de la superioridad del movimiento sobre la potencia, del ataque sobre la defensa, y, en la base, la superioridad cualitativa de la tropa móvil sobre la que es capaz ex-

clusivamente de clavarse y permanecer en una trinchera.»

Este reconocimiento explícito del general francés Duval merece ser señalado a los amigos y a los enemigos, que recientemente se dedicaban a sofisticar sobre las cualidades militares del pueblo italiano.

Amigos y enemigos de todo el paralelo y meridiano: os decimos, y la historia de los últimos veinticinco años lo confirma, que dichas cualidades son de primerísimo orden, y, por si acaso, tenedlo en cuenta.»

El artículo no necesita firma. La última frase, llena de jactancia y fanfarronería, descubre a su autor. El «duce» no se ha distinguido nunca por la sensatez.

Mussolini olvida pronto. El mundo, no. El mundo recuerda todavía a Guadalupe, y ha contemplado la nueva gran derrota de la Italia fascista: Teruel. Las tres batallas libradas en el Bajo Aragón, donde las tropas de invasión, pese a su inmenso material bélico, han sido nuevamente derrotadas.

De todas formas, la posición del dictador italiano tiene una lógica. La suya. Pero ¿qué lógica tiene la conducta de Franco? ¿Cómo, si le resta algo de honradez y pretende llamarse español, no se ha suicidado después de leer ese artículo? La explicación es sencilla: Franco no es más que un aventurero cínico y audaz. Los tres hermanos Franco—Francisco, Nicolás y Ramón—, han tenido siempre un precio. Se les ha podido comprar, unas veces por poco, otras por mucho.

No discutimos el contenido del artículo, sino su sentido. Precisamente por este sentido y, a pesar de la repugnancia que ello nos causa, dialogamos con el triste testamento de los extranjeros enemigos de España, y le decimos:

«Francisco Franco, te desafiamos a que permitas leer «Il Popolo d'Italia» del 21 de los corrientes a los españoles honrados de tu zona. Estamos seguros de dos cosas: te escupirán en el rostro y se dejarán matar por la República. Porque únicamente la República es España.»

**ESTE DIARIO SE
REPARTE GRA-
TUITAMENTE**

EL "SERVICIO ESPANOL DE INFORMACION" se publica diariamente en castellano y en francés, y los lunes, miércoles y viernes, en alemán, italiano e inglés respectivamente

Una sublevación en Zaragoza

Incompatibilidad entre Aranda y Moscardó

16 fusilamientos - Heridos en Teruel que mueren por falta de asistencia

Frente del Este, 26.—Por personas llegadas de Aragón, se conocen detalles sobre la sublevación que se produjo, el día 4 del corriente, en el cuartel que ocupa, en Zaragoza, el Regimiento de Infantería de Aragón número 17.

El movimiento parece tenía gran importancia, pues aparte éste, había otros focos militares comprometidos.

En el citado cuartel hubo intenso tiroteo, resultando varios muertos y heridos. A consecuencia de este hecho, han sido fusilados dos capitanes, cuatro tenientes y diez soldados.

También han manifestado que, debido a la marcha de las operaciones en Teruel, han surgido grandes diferencias entre los generales Aranda y Moscardó, llegando, en una ocasión, a disputar violentamente por cuestiones de competencia. Aranda dijo a Moscardó que allí no había más jefe que él y que sus propósitos sobre cierta operación no serían puestos en práctica.

El café «Ambos Mundos» de la capital aragonesa ha sido convertido en hospital, pues, debido a la gran cantidad de heridos que llegan de Levante, no había suficientes locales en que hospitalizarlos. Un tren sanitario estuvo detenido en Casetas, a consecuencia de la nieve, y llegó a Zaragoza con ochenta y cuatro muertos, a causa de no haberseles podido prestar asistencia facultativa.

(«La Vanguardia», 27-I-1938.)

Para el señor Polanco, obispo de Teruel

La ciencia psicológica ha comprobado la existencia de una cantera inagotable y utilísima para el conocimiento de los fenómenos de conciencia, en el gran número de reacciones espontáneas, mediante las que nos manifestamos en cada circunstancia. Por ellas, nuestro espíritu se denuncia a sí mismo en todo momento. El de usted, señor Polanco, obispo de Teruel, ha quedado plenamente transparentado, merced a una de esas reacciones espontáneas que no deja lugar a la duda. Por ella conocemos cuál era su complejo psíquico, antes y en el momento de escribir su célebre declaración en Rubielos de Mora.

Fué usted hecho prisionero por nuestras tropas cuando éstas rindieron a los rebeldes de Teruel, entre los que se hallaba. Nuestros soldados, esos «rojos» de quienes tantas cosas horribles ha mentado usted a su feligresía durante los últimos dieciocho meses, le trataron con toda clase de consideraciones. La declaración espontánea que de este hecho se ha creído obligado a hacer, revela cuál era su verdadero estado de espíritu.

De una parte, usted, señor Polanco, se sabía un rebelde contra la autoridad legítima del Gobierno republicano, y, al propio tiempo, traidor también a la doctrina evangélica, que estaba en el deber de predicar con la palabra y la conducta. Sentía usted la propia acusación de haberse sublevado contra el Gobierno legítimo, y de haber colaborado con su propaganda, con su conformismo o con su silencio, en los horrendos crímenes cometidos en la zona del Bajo Aragón.

Su espíritu, en los momentos que precedieron a su aprehensión, hizo balance de toda una conducta de

dieciocho meses. Por su recuerdo fueron pasando, una a una, las injusticias cometidas, las mendacidades puestas en circulación, las calumnias esparcidas. Adquirió entonces relieve extraordinario aquel documento de los Prelados españoles, donde usted había puesto su firma, y en el que las mayores falsedades se mezclaban con la mejor calculada deformación de hechos. Y en su conciencia, entonces, un complejo de arrepentimiento y de miedo, volvieron a sonar aquellos mandatos que un hombre de su ministerio no debió jamás olvidar: «¡no matarás!, ¡no matarás!»

Tan intensa como justificada autoacusación le llevó a formularse esta pregunta: «¿Qué será de mí, si caigo en poder de los «rojos»?» Y con la pregunta se daba la justa respuesta: «Si me tratan como merezco, no puedo esperar sino la muerte, después de un horrible martirio.» Ya se imaginaba usted insultado, escupido, torturado, muerto en horrendo descuartizamiento. Y no ha sucedido así. Los «rojos», obedeciendo a su propio sentimiento y también a las órdenes del Gobierno, que entre nosotros es quien manda, le ha defraudado agradablemente. Y el contraste entre lo esperado y lo acontecido, ha provocado en usted la espontánea reacción que le ha llevado a declarar el buen trato que, desde el momento de ser prisionero, ha recibido.

Pensaba usted ser tratado como se merecía, y se ha llevado una sorpresa. Sorpresa que también nos descubre una faceta de su espíritu, muy propia de la textura moral del clero católico, especialmente la del clero español: la de juzgar que nadie es bueno fuera de su feligresía.

(Continúa en la página siguiente.)

Las religiosas acogidas a la generosidad de la República comentan los bombardeos que sobre el convento en donde residen ha llevado a cabo la aviación facciosa

Ha sido nuestro propósito demostrar la visita a las religiosas residentes en el convento de Santa Mónica hasta que se hubiera tranquilizado su ánimo, pasados unos días desde las agresiones de que las ha hecho víctimas la aviación facciosa. Sin embargo, al llegar hoy ante ellas, las hemos hallado todavía en nerviosa actitud de alarma.

—¡Es que ya son dos bombardeos casi seguidos!—clama una monja.

—Y dice el refrán que no hay dos sin tres—añade otra viejecilla, con el tono de terror supersticioso de las personas ingenuas.

Y una, más joven, expresa un comentario, con acento vehemente, que hace que algunas de sus compañeras la miren con el sobresalto de unos seres habituados al encogido espíritu conventual.

—Pase lo que pase, nosotras hemos de decir la verdad a todo el mundo. Estamos agradecidas por el trato que nos da la República, y lo hacemos público y lo seguiremos proclamando, aunque los otros nos tiren todas las bombas que quieran.

—¿Es que ustedes sospechan que lo ocurrido pueda haber sido un acto de represalia?

La monja joven y otras compañeras esbozan un gesto de duda al contestar:

—Nosotras no tenemos derecho a pensar mal de nadie... Pero es mucha casualidad.

Y con la espontaneidad de quienes se creen en el caso de justificar la exaltación de su joven compañera, unas religiosas de más edad y de hablar reposado, nos hacen el relato de lo ocurrido. Es que, claro, lo que ha sucedido es para que ellas hayan llegado a sospechar ante la coincidencia de ciertos hechos. Hará cosa de tres semanas, unos periodistas extranjeros visitaron esta residencia, en donde, dependientes de un organismo oficial, viven actualmente docenas de mujeres que fueron monjas y hoy trabajan en la labor de confección de uniformes. Las religiosas, al ser interrogadas por aquellos respecto a su situación, hablaron del buen trato que recibían y, por lo tanto, de la sincera gratitud que sienten hacia las autoridades de la República. Después de esto, insinuaron algunas en un instinto presentimiento temeroso: «¡A ver si los otros (se referían a los fascistas), al enterarse de que las monjas residentes en Santa Mónica proclamaban ante el mundo el altruismo humanitario del pueblo republicano, se encolerizaban contra ellas!»

Por eso, cuando el día 19 de este mes, a las dos de la tarde, aparecieron los aviones facciosos y lanzaron una bomba sobre el convento, aquellas monjas, que habían manifestado el temor de una posible venganza fascista, reiteraron su inquietud. Pero cuando el día 22, a las cinco de la mañana, volvieron a surgir las aeronaves de guerra del fascismo y repitieron el bombardeo de los edificios donde ellas se encuentran, la duda prendió ya en el ánimo de las monjas casi con la firmeza de la convicción.

—Es que—volvió a exclamar la monja joven—en esta segunda agresión han sido cuatro bombas las que han caído en el convento, y dos en el patio. ¿No les parece a ustedes demasiada casualidad?

EL LUGAR DE LA AGRESION.—RELIGIOSAS QUE RESULTARON HERIDAS

Hemos recorrido la extensa construcción. En el jardín colindante a los locales en que los funcionarios dependientes de la Dirección General de Asistencia Social atienden a

las ancianas albergadas, se abren los grandes hoyos hechos por dos bombas que perforaron la tierra. En el convento contiguo, residencia de las religiosas acogidas a la tutela del Ministerio de Justicia, se ven estancias destruidas, escaleras en ruinas, dormitorios en escombros, descuajadas las puertas y ventanas, de las que saltaron en añicos los cristales, repartidos ahora sobre el pavimento, que aparece cubierto con una crujierte grava, que brilla en los trozos en que el sol se proyecta. En aquellas ruinas, de las que las religiosas huyeron empavorecidas, entre los horribles estampidos de las bombas, que hacían trepidar el edificio, quedaron heridas algunas de las monjas, entre éstas, de más consideración, Antonia Pardo Sánchez, natural de Ara (Huesca), de cincuenta y cinco años de edad; Engracia García Álvarez, de Zalamea (León), de treinta y cinco años; Josefa López Lezama, de Bilbao, de sesenta años, y Elvira González Esteban, de Salamanca, de sesenta y un años. Todas ellas se encuentran perfectamente asistidas por los facultativos de la República, que así repara los daños causados por la vesania cruel y rencorosa de los facciosos.

LA FALSA OSTENTACION DE CATHOLICISMO

La religiosa Celestina Cenarro Sánchez tiene unos comentarios, a los que no les falta significación. Ha lle-

gado de Guadalajara, en donde prestaba servicio en una residencia en la que se hallaban recogidas doscientas cincuenta ancianas.

—Un día—dice—vino también la aviación fascista y nos bombardeó el asilo. Así es que, con las recientes agresiones a este convento de Santa Mónica, son ya tres las que he sufrido.

—Y sin embargo—observamos—, quienes tales hechos cometen se atreven a proclamar que luchan en defensa del catolicismo.

Las monjas que nos escuchan, procedentes de diversas congregaciones religiosas, se rebullen en un rumor de incredulidad. Algunas bajan la vista y esbozan una sonrisa irónica; otras, se manifiestan con un rotundo gesto de negación. ¿Cristianos quienes tales hechos cometen? No. Ellas, con sus gestos significativos, protestan, sin duda, contra la miseria moral de quienes, con el nombre de Cristo por escudo, no vacilan en la perpetración de las más inhumanas ferocidades, como, por ejemplo, ésta, nacida en un probable impulso de venganza, que les ha llevado a agredir a las religiosas que se hallan amparadas por el pueblo, por este pueblo que defiende la libertad y la independencia de la Patria, no sólo con las armas, sino con su conducta, saturada del espíritu reciamente español que ostenta la República en su límpida ejecutoria de generosidad.

Lo que han hecho en Galicia

El terror en la provincia de Pontevedra

V

PRIMEROS FUSILAMIENTOS

Quedó dueño y señor de vidas y haciendas el comandante de la plaza, don Felipe Sánchez, típico militar español de mentalidad estrecha y agrios resentimientos, astuto, cruel con los de abajo y sumiso con los de arriba, reaccionario ladino, que intentó medrar y hacer carrera con la República, titulándose azañista entusiasta, y luego, despechado y rencoroso, se unió celosamente a los que atentaron contra ella, queriendo lavar con sangre su pasada claudicación republicana. Fué el mismo Gobierno del Frente Popular formado a raíz de las elecciones el que, incautamente, le destinó a Vigo, quitándole de Asturias, donde los dirigentes socialistas habían descubierto ya la doblez y el falso republicanismo del comandante. Desde su despacho de la antigua «Coronela», en cuya fachada ondeaba todavía la bandera tricolor—que no fué arriada hasta mediados de agosto—, el comandante Sánchez se puso a dirigir personalmente la feroz represión que aun ahora, al cabo de dieciocho meses, no ha terminado.

La Guardia civil y los agentes de policía comenzaron a practicar detenciones de dirigentes republicanos y socialistas. Algunos, como el impresor Botana, ni siquiera se creyeron en el caso de esconderse. El alcalde, Martínez Garrido, fué también detenido en su propia casa, que asaltaron los agentes del orden, destruyendo todo cuanto allí había. En una habitación vieron un retrato suyo, y lo acribillaron a balazos, anticipando con aquel simulacro el fusilamiento verdadero de que pocos días después iba a ser víctima. Aun no había falangistas en Vigo; pero ya iban acompañando a los mandatarios del comandante Sánchez algu-

nos «simpatizantes», por lo general, jóvenes reaccionarios que se habían endosado el uniforme de oficiales de complemento. Los primeros falangistas que hubo en Vigo fueron los delincuentes, sacados de la cárcel triunfalmente por los sublevados, como es de rigor en todo movimiento de rebeldía. Pero a los pocos días la cárcel estaba ya abarrotada, aunque no de estafadores, ladrones y asesinos, que esos estaban dedicados a «forjar la nueva España», sino de honrados defensores de la libertad y de la República. Hubo que habilitar una nueva prisión, y se utilizó el edificio del frontón, próximo al cuartel de la Guardia civil, en la calle María Verdiales.

No sólo se encarcelaba a las personas significadas de los partidos políticos y de las organizaciones sindicales, sino también a los simples y oscuros afiliados o cotizantes. Comenzaron las delaciones. El solo hecho de conservar un carnet de un sindicato, era motivo bastante para el encarcelamiento. En algunos gremios los obreros se resistían a volver al trabajo. Los primeros que desistieron de la huelga fueron los empleados de oficina; los tranviarios tardaron diez o doce días en prestar servicio; los trabajadores de los astilleros de Hijos de J. Barrera, estuvieron también veintitantos días sin volver a los talleres, y los nuevos amos, irritados, comenzaron a hacer escarmientos. El primero que fusilaron en Vigo, el día 5 de agosto, fué un tranviario comunista, llamado Manuel del Río. Los principales cargos que se le hicieron en el juicio sumarísimo que se le siguió, fueron que se le había encontrado una pistola en el bolsillo y que había hecho un viaje a Rusia en unas vacaciones. Por análogas causas se condenó y fusiló junto con él a otro muchacho de Tuy.

En estos primeros fusilamientos

El régimen de terror de Mussolini

«Jeunesse Nouvelle» publica el siguiente artículo:

«En la vigilia de las mascaradas fascistas del XV aniversario de la marcha sobre Roma, Mussolini ha querido demostrar a la opinión mundial que su dictadura descansa sobre el terror.

1.º Un grupo de intelectuales de Milán ha sido acusado de la reconstitución de los partidos disueltos y de propaganda a favor de la España republicana. El líder de este proceso fué el profesor socialista Rodolfo Norduni, autor de la «Historia de la Gran Industria en Italia», obra de inestimable valor sobre economía y técnica. Ha sido condenado a doce años de cárcel.

2.º Un grupo de catorce obreros de Empoli (Toscana), acusados de los mismos delitos, fueron condenados de dos a doce años. El líder de esos obreros, Osvaldo Megarville, ha sido condenado a dieciocho años.

3.º Un grupo de diecisiete obreros de Bolonia han sido condenados de dos a doce años de prisión, y su líder, Luigi Galoni, muy estimado y conocido del pueblo boloñés, a dieciocho años.

4.º Un grupo de obreros de Cerignola han sido condenados a la misma pena. El líder de ese grupo, también a dieciocho años.

5.º Un grupo de pastores y de pequeños cultivadores de Cerdeña, también han sido condenados a la misma pena.

6.º Apenas el *duce* acaba de pregonar las «glorias» del régimen y que la voluntad del pueblo italiano estaba en todo y por todo con él, el Tribunal de los sicarios fascistas se ha visto obligado a juzgar dos grupos de cultivadores de Genzano en la provincia romana.»

(«Mañana», Barcelona, 26-I-1938.)

Para el señor Polanco...

(Continuación)

sía, que todo es maldad, a excepción de sus correligionarios.

¡Grave error ése del clero español, que ha motivado dolorosas y fatales intransigencias! ¡Usted, como todos sus colegas, se hacía la siguiente pregunta: «¿Qué puedo esperar de los «rojos», en su mayoría hombres sin religión!»

La experiencia que usted mismo ha vivido, le demuestra que la generosidad, el respeto humano, la caridad, son plantas que también florecen y fructifican, espléndidas, en jardines no cultivados por manos sacerdotales. Cada día más sucede así, y son los sacerdotes los más culpables de su fracaso. La adhesión que todos ustedes han prestado a los rebeldes, defensores sólo de privilegios y enemigos de la clase trabajadora, ha colmado en España la medida de ese fracaso. Las dos zonas que en nuestro país están en lucha, tienen diferencias esenciales; pero, en orden a la religión, su diferencia puede señalarse así: los rebeldes, con sus cardenales, sus obispos y su clero, podrán proclamar falsamente, ante el mundo, que tienen el Evangelio; nosotros, los «rojos», sin cardenales, sin obispos, sin clero, no lo tenemos, pero lo practicamos. En eso consiste la diferencia. Diferencia que usted—educado como todo el clero español, en la cerril intransigencia que se respiraba en los clásicos seminarios españoles—ha sido incapaz de observar.

Su experiencia puede ser aleccionadora. Y saturado de ella, tiene usted otro deber que cumplir: dirigirse a la superior autoridad de la Iglesia romana, rectificando todo cuanto con su palabra y su pluma haya sentido respecto a la conducta de los «rojos», y darle a la vez cuenta de la verdad de nuestro comportamiento, que tiene más puntos de contacto con la doctrina evangélica que la observada por ustedes, que se dicen representantes de Cristo en la tierra.

JORGE WORLD.

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO

Rumores de haberse descubierto un complot para derribar a Franco

Londres, 2.—En esta capital circulan insistentes rumores, según los cuales se ha descubierto en la España rebelde y en Portugal la existencia de un complot, cuya finalidad era derribar a Franco y a la dictadura portuguesa.

Según parece, el movimiento ha sido sofocado, habiéndose producido los primeros chispazos en Badajoz.

Se asegura que el golpe se adelantó, y todo estaba preparado para que estallase a fin de este mes.

Por noticias procedentes de fuentes dignas de crédito, se sabe que han sido adoptadas grandes precauciones militares y policíacas a lo largo de la frontera hispanoportuguesa.

En las esferas portuguesas se asegura, de todos modos, que en Portugal no ha llegado a perturbarse el orden.—Havas.